



CON LA BANDERA NACIONAL QUE CUBRIRÁ EL ATAÚD DEL SEÑOR BATALLA Y ORDÓÑEZ, SENTADO A LA PUERTA DEL CEMENTERIO CENTRAL, LA MUJER Y EL NIÑO DEL PUEBLO PONEN SU NOTA COMPLEMENTARIA EN AQUEL ACTO DE DEVOCIÓN.

Del Doctor Domingo Arena.

Baltasar Brum



ALLA por el año 1910, en una entusiasta asamblea que se celebraba, de tarde, en el local de la Sociedad Francesa, para prestigiar la segunda presidencia de Batlle entre los oradores que ocupaban el escenario, me llamó la atención el más joven, bajo, cabezón, de boca y ojos grandes que se me ocurría un niño precoz. Pregunté quién era, y se me dijo que representaba a la campaña, dándosele un nombre que me pareció extraño y que olvidé. Oí su discurso y sin resultarme extraordinario, me llamó la atención por su entusiasmo y su energía, sobre todo por su procedencia: un casi adolescente del cual no había oído hablar jamás.

Algún tiempo después, ya en la presidencia de Batlle y apenas iniciada la campaña colegialista, el doctor Viera me alcanzó un diario del Salto para hacerme leer el primer artículo reformista que se había escrito en el interior. No estaba firmado, pero sabía que era de un joven abogado correccionario de cuyo carácter y facultades me habló con entusiasmo. Me dió el mismo nombre que me habían dado en la Sociedad Francesa y lo volví a olvidar. Los acontecimientos, entonces, me presionaban y absorbían demasiado.

Una mañana, como de costumbre, me encontraba con Batlle en su despacho de Piedras Blancas. Era el momento crítico del nacimiento del colegialismo cuando los hombres de pro del partido consideraron elegante renunciar o no aceptar ministerios como medio de ahogar la idea. Estaba disponible el de Instrucción Pública y no acertaba a encontrar un nombre, pues no había agotado días antes en la búsqueda del camarada con que se llenó otra vacante. Me quedé, pues, muy sorprendido cuando de entrada, contento, me dijo Batlle:

—“Ya tengo ministro! — ¡Adivine quién es! — Para que no haya equívocos escribo el nombre en esta carpeta”.

Puesto en el aprieto, empecé a citar personas. Recorrí inútilmente el elenco disponible, contestándome Batlle con un “no” sonriente a todos los que iba nombrando. — Al fin, dándome por vencido, fui a buscar en la carpeta el nombre escrito: ¡Era el de Brum!

—¡Brum, le dije a Batlle, mirándolo con viva extrañeza. ¿Quién es? ¿De dónde lo ha sacado?

—Es, me contestó muy serio Batlle, un joven abogado del Salto, ilustrado y entusiasta, del cual Viera nos ha hablado tanto. Tiene un rasgo que da la medida de su carácter. En el teatro de su ciudad, sostuvo un duelo oratorio apasionadísimo con un adversario irreductible, sobre mi persona y mi obra, durante varias noches, dispuesto a prolongarlo cuanto fuera preciso hasta salir triunfante.

Ví que Batlle estaba decidido y no le formulé objeción alguna. El episodio, sin duda resonante, le había hecho juzgar definitivamente a Brum, como antes había juzgado a otros por un acto o un gesto o una expresión. Recordé entonces que el candidato era el mismo que había escrito el primer artículo colegialista de la campaña y el joven orador que había oído en la Asociación Francesa. Y ello me hizo adherir más fácilmente al optimismo de Batlle. Pocos días después redondeaba mi impresión, al decirme el doctor Amézaga, en un encuentro casual, que había tenido a Brum en su clase y que se había formado de él, como hombre y como discípulo, un excelente concepto.

* * *

COMO es notorio, Brum no pudo ser ministro en cuanto se le ofreció el cargo, porque le faltaba algunos meses para alcanzar la edad constitucional. En ese interregno, tuve mi primer encuentro con él, al iniciar en el litoral mi campaña colegialista. Me recibió como a un viejo camarada al frente del selecto estado mayor que ya lo rodeaba. Desde el primer instante me sedujo su amplia cordial sonrisa y sobre todo la viril dulzura de su mirada, que fué la característica fisonómica de más relieve de sus momentos de bonanza. Ambos verbosos, aunque él de una hermética reserva personal, nos dijimos en pocas horas cuanto era necesario para conocernos y trabar contacto para nuestra actuación futura. Antes de despedirnos ya le dije:

—Esté seguro que se va a entender admirablemente con Batlle. Su cara y su manera de ser y de decir son de las que le gustan. ¡Tendremos en usted ministro para rato!

Los sucesos me dieron la razón. Desde la primera entrevista que Brum tuvo con Batlle, éste quedó encantado. — ¡Me bastó verlo y hablarle para convencerme que he acertado!, me dijo con la legítima satisfacción del investigador que ha descubierto un nuevo gran elemento. Y la grata satisfacción se fué robusteciendo día a día, ante la corrección, la inteligencia y la laboriosidad que desplegaba Brum, cuya función ensanchaba y complicaba para darse el placer de superarse. En poco tiempo, a fuerza de tenacidad y de desvelos, dominó todos los resortes de la administración y de la política.

No había forma de sorprenderlo en nada en ningún momento.

Batlle, realmente admirado, empezó pronto a repetirme: “cuando se quiere saber un dato concreto hay que recurrir a Brum; cuando hay que proyectar o redactar algo trabajoso o urgente, hay que encomendárselo a Brum”. Su labor tan variada como copiosa se destacó pronto, adquiriendo singular relieve en el Ministerio de Relaciones, que dejó de ser con él la habitual heladera protocolar, para transformarse en un organismo militante y de resonancia mundial: Recuérdese el arbitraje obligatorio sin limitaciones que firmó con los más grandes países; su gallarda resolución de alistarnos entre los primeros con los aliados de la gran guerra, y la orientación francamente americanista de su política internacional, que lo presentara en el porvenir como un generoso precursor de la posible futura confraterni-

dad continental. Por algo, pronto se le vio perfilarse para los puestos más descollantes, en lo cual Batlle no advertía otro inconveniente que la marcada irascibilidad con que trataba a los que lo resistían y sobre todo a los que por su conducta le resultaban desagradables. Muchas veces recibí el encargo de moderarlo, pero concluí por no dar ningún paso, convencido de que se trataba de expansiones irrefrenables de su exceso de hombría.

* * *

B RUM, hijo del colegialismo y que murió por honrarlo, fué su devoto constante consagrándole lo mejor de su espíritu. Se hizo orador nada más que para hacer la propaganda del colegiado y sus múltiples bienes, y concluyó por ser un obsesionado del libérrimo sistema de gobierno. No realizaba un acto ni decía una palabra como gobernante o como político que no tuviesen la orientación colegialista. No perdía una oportunidad, ni en sus raros esparcimientos, para tratar de conquistar un prosélito. Y eso lo hacía con tanta vehemencia y convicción, que se conquistaba siempre y durante tiempos records, la atención aún de los exépticos y hasta de los enemigos. Es que su nervio de propagandista era apostólico. En nadie lo he visto tan fuerte, tan abnegado, con menos preocupación del éxito personal y ni creo que vuelva a encontrar a quien se entregue con tanto tesón, con tanto sacrificio, con tanta pujanza y hasta con tanta eficacia, a



defensa de ninguna causa.

Pero donde Brum puso más a prueba su fervor colegialista, fué en la Comisión de los Ocho que programó la Constitución derumbada y en la que tuvo el honor de acompañarlo. Entonces Brum era el candidato seguro a la próxima presidencia. Si hubiese sido un hombre, no ya egoísta, sino simplemente inclinado a disponer de suficientes facultades para mejor realizar el bien a su manera, pudo verse inclinado en algún momento, en no ejercer demasiado la función presidencial. Sin embargo Brum luchó decididamente para reducir aquella a su mínima expresión.

Esto lo sé como nadie, porque en la larga y trabajosa gestión procedimos en un perfecto acuerdo, inspirados subrepticamente por Batlle, aunque lo apareciéramos por Viera para que los blancos nos oyeran. En nuestros diarios coloquios con el gran hombre, nunca le ví oponer peros a las mayores podas que aquél imaginara para el poder presidencial, — podas que después defendía como abogado vehemente. Así, pugnó días y días, porque los jefes políticos tuvieran que salir de una terna del Consejo y sobre todo porque la Presidencia no dispusiera del Ministerio de Hacienda que los nacionalistas consideraban indispensable por razones de buena administración. Y en lo que por desgracia fracasó, y los que lo acompañábamos con él, a pesar de haberse puesto brío en el empeño, fué en que las policías fuesen gobernadas por el Consejo Nacional, lo que

Batlle consideraba, con visión profética, como el marronazo decisivo que debía darse al omnímodo poder presidencial para impedir catástrofes como la que estamos sufriendo, mazazo que no se dió, — ¡cuántos arrepentidos lo lamentarán ahora! — por la obstinada oposición adversaria. ¡El temor de la probable lucha impidió ver la posibilidad del malón!

Y para cerrar estas someras referencias sobre una de las modalidades salientes de Brum, quiero recordar que mientras se labraba su presidencia por no poderse hacer el Colegiado Integral, al que con nosotros aspiraba, prometió solemnemente, y lo ví después siempre dispuesto a cumplir su promesa, que en cualquier momento en que pudiera instalarse el gobierno deseado, renunciaría complacido su mandato, fuese cuál fuese el término de que dispusiese.

* * *

SU acendrado vivísimo batllismo fué otra de las grandes características de Brum. He asistido de cerca al enorme desfile de los partidarios de Batlle y puedo afirmar que entre todos, por su entusiasmo, su eficacia y su sinceridad se ha destacado en primera fila Brum. No sólo porque por razones idiosincrásicas se asimiló de primera intención todas las ideas batllistas, sino porque, como muy pocos, supo llegar hasta el fondo del gran espíritu, tarea por cierto difícil, que no

estuvo al alcance de muchos, ya que se trataba de un arcano casi insondable! El batllismo de Brum se ponía de manifiesto en todas sus acciones, con cualquier motivo, en cualquier parte. No sólo lo ejercía en la propaganda apasionada y constante, sino en todos sus actos. Se diría que tuvo la preocupación de encuadrarse dentro de las normas de la causa para no apartarse una línea. Dió pruebas inequívocas de ello en los múltiples puestos que ejerció: no hacía un decreto, no tomaba una resolución que no llevara el sello batllista. Como nadie se empapó del humanitarismo de la doctrina, probándolo a cada rato. Su pasión por Batlle se puso de relieve cuando preparaba su Presidencia en un Ministerio del doctor Viera, ayudando con todas sus fuerzas a que se mantuviera la armonía entre aquéllos, la que, sea recordado en honor del último, recién se empezó a resquebrajar cuando llegaba el término de su poder; y se destacó con caracteres relevantes, en el momento realmente crítico, o sea durante sus cuatro años de presidencia.

Porque Brum, desde el primer día hasta el último de su gobierno, a pesar de la fuerza indiscutible de su carácter que lo hacía devoto de la independencia como ninguno, no tuvo otra preocupación que hacer una presidencia batllista y gobernar en términos que fueran gratos a Batlle. La propia Unión Colorada que creó y que pudo hacer creer que buscaba prestigios personales, no tuvo otro objeto — lo sé bien — que agrupar elementos ajenos al Batllismo para hacer con ellos un aliado. De manera que estaba equivocado Batlle — si es que no lanzaba un saludable alerta — cuando en un arranque de pasajero desconsuelo, declaró que Brum era una nave que empezaba a separarse de nuestras playas, porque si era cierto que la nave se había puesto en movimiento, era para investigar, para sondear y si fuera posible enriquecerse, para volver, sin perderse de vista, con nuevos aportes para la causa común. Por algo, concluida su presidencia, yo pude dedicarle un retrato que él miró como un valioso documento, en el que afirmaba que el Batllismo de Brum había pasado por la prueba de fuego de la Presidencia, saliendo, si fuera posible, más grande y más purificado. Constatación honrosa que si ya tenía un inmenso valor frente a los sinsabores más o menos grandes que le debíamos a otros presidentes batllistas, adquiere hoy un relieve trascendental frente a la dolorosa prueba que estamos sufriendo.

* * *

OTRA de las grandes características de Brum era el culto que rendía a la amistad. Cuando creía haber encontrado un verdadero amigo, siempre que lo creyese adornado de altas cualidades, no sólo se esforzaba por conservarlo, sino que hacía lo posible por hacerlo avanzar. Su legítimo marcado afán por destacarse donde quiera que entrase en juego, no impedía que fuese el más carente de pequeñas emulaciones. Uno de sus afanes era poder constatar virtudes y talentos amigos y poder dar la derecha en cualquier materia siempre que la sintiese bien conquistada. Con frecuencia hablaba del malogrado Héctor Miranda y recomendaba sus libros, presentándolo como el joven tipo de su tiempo a quien se había sentido inclinado a seguir. Naturalmente sufría frecuentes desengaños, pero ello no le impedía reincidir con romántico optimismo.

Para dar la medida de lo que era Brum como amigo voy a referir mi caso a título de ejemplo por serme el mejor conocido y seguro de que le habría dado un placer.

Desde que me conocí, lo poco bueno que decía o escribía, lo archivaba y comentaba. Mis escasos folletos que no se ven en ninguna parte, ni en mi casa, los buscaba y cuidaba celosamente para repartirlos entre las notoriedades extranjeras: de ahí que por su culpa apareciese alguna vez citado por donde menos lo esperaba. Tenía la obsesión de coleccionar mis dispersos modestos trabajos y muchas veces intentó recargar su enorme tarea con la búsqueda y clasificación de aquéllos. En su empeño de prestigiarme ante mí mismo y hacerme tomar en serio como fuerza política, recurrió más de una vez a la hipérbole de que el Colegiado total fracasó en la elección del 16 por el accidente de automóvil que me impidió llevar mi propaganda a toda la República, como lo hice en el Norte y en el Litoral que resultaron francamente colejalistas. Fué por su empeño, con desgarro de Batlle y desconcierto mío — que creíamos buenamente que sólo servía para la modesta función de defensor de ideas — que resultó Presidente de la Cámara y más tarde — con el concurso de Viera, lo recuerdo agradecido — miembro del Consejo de Estado. Y si no me ayudó a ser Ministro, fué porque reconocía, conmigo, que por exceso de despreocupación y escasez de disciplina haría zozobrar la más leve de las carteras.

* * *

AUNQUE no haya ejercido el valor, he vivido entre valientes y me siento por consiguiente habilitado para asimilar aquella



igualdad superior. Puedo afirmar, en consecuencia, que Brum fué uno de los hombres más valientes que han vivido. Lo piensan conmigo grandes profesionales del valor: lo pensaba el mismo Batlle. Era, en efecto, de una impetuosidad insobrepasable en todas las manifestaciones del valor, lo mismo en el personal que en el colectivo, lo mismo para encarar las responsabilidades públicas que las privadas. El peligro, fuera el que fuere, lo atraía como las tormentas a ciertas aves y corría hacia él con la cara iluminada con que se va al placer! Recordaba que se le había vaticinado una muerte pronta y trágica y le sobraba con que ella le llegara dignamente y al servicio de una gran causa. Suave y violento a la vez, propenso a pasar de lo uno a lo otro, sin transición, se le habría dicho una mezcla de sensitiva y de erizo difícil para el trato prolongado y frecuente, y a ser soldado, inclinando su indiscutible humanitarismo ante la dureza del oficio, su divisa habría sido: ¡Siempre pronto para matar, siempre pronto para morir!

Me apresuro a reconocer que el valor de Brum fué familiar y hereditario. Lo primero se nota en las fotografías que prelogaron la tragedia, en las que se ve a la tribu junto

tual sino que lo era casi tanto en sus manifestaciones físicas. Puesto a viajar era incansable; cabalgando, no salía de la carrera; cuando escalaba cerros, era un alpinista. En cuanto hacía, por un dominio de voluntad, obligaba a su cuerpo — arco siempre en el máximo de tensión — a dar mucho más de lo que naturalmente podía. Así se había hecho invencible para el sueño y el cansancio y se había endurecido contra la intemperie y hasta la enfermedad. Sus mismos ademanes oratorios y hasta su voz eran superiores a sus fuerzas y sin embargo, sin un desfallecimiento, peroraba agitadamente durante horas.

Y tanto como valiente y esforzado, tenía el culto del honor. El honor era para Brum el supremo fin de la vida: por él sacrificaba la familia, el Partido, hasta el gobierno, tal vez por entender que la mejor manera de servirlos era sostener incólume su honor! Se podía pensar que la vida sólo le parecía un medio para acrecer el honor de la especie! De ahí que mirase con tanto desdén las grandes claudicaciones, y que, a ser vengativo, prefiriese ver a sus enemigos deshonrados antes que muertos. Sentía ésto tan vivamente, que a los que entreveía agazapados contra las instituciones, los suponía suficientemen-



EN LA SALA DE REDACCION, CON EL SEÑOR BATLLE Y ORDÓÑEZ.

a algunos amigos abnegados, esperando la posible masacre con desdenosa despreocupación; lo segundo se constata recordando que mi buen amigo don José de Brum se hizo operar una apendicitis sin admitir ningún anestésico, alegando que el hombre debe saber siempre lo que se le hace, irguiéndose por encima del dolor.

Tanto como valiente, Brum era un constante cultivador del esfuerzo humano, en todas las manifestaciones de la actividad. No sólo era infatigable para el trabajo intelectual

castigados con sus nombre enlodados en la Historia...

* * *

BRUM, gran lector, conservaba vivo el recuerdo de los grandes hombres que se habían sacrificado por la Humanidad. Hablaba de ellos como de los seres privilegiados cuya suerte era la única que valía la pena envidiar. Este elevadísimo concepto, fué sin duda el propulsor que le llevara a entregarse con tanto entusiasmo a las empresas nobles



SALIENDO DE "EL DIA" ACOMPAÑANDO AL SEÑOR BATLLE, PERSONAL DE REDACCION Y ADMINISTRACION.



Brum, PERIODISTA

EN EL ESTUDIO RADIOFONICO DE "EL DIA", PROPAGANDO EN VISPERSAS ELECTORALES.

que abrazaba. No es extraño pues, que siempre hubiese estado dispuesto a darlo todo por cuanto considerase encaminado al bien colectivo. Y, consecuencia natural de esa actitud, es que se haya interpuesto como un obstáculo insalvable a las malas tendencias violatorias de la Constitución. Sobre ello no admitió nunca transacción alguna, fuesen cual fuesen los peligros que hubiese que arrostrar! Pero para que se vea que sus vehemencias legalistas no le hacían olvidar sus responsabilidades de hombre público, quiero recordar, que en una reunión que pocos días antes del asalto a las instituciones se celebrara en las anteceras del Palacio Legislativo, Brum propuso con mi acuerdo, que el batllismo podía transar yendo a una reforma con las bases propuestas por el Dr. Terra, ligeramente modificadas, siempre que se procediese dentro de las normas constitucionales pre-establecidas. Su actitud, para muchos inesperada, pareció que podía poner término a la crisis, pero desgraciadamente no fué ni siquiera atendida por los que ya habían tomado impulso para hacerle dar al país el salto mortal en el vacío. ¡Para ellos las responsabilidades, con las consecuencias que fatalmente, por razones de justicia, tarde o temprano han de sobrevenir!

* * *

ES de imaginarse la conmoción que me produjo la muerte de Brum. Pero, para mí, no fué una sorpresa. Me pareció, dados los hechos producidos, la solución única del problema de su vida. El, a quien había visto juzgarse tantas veces por leves cuestiones de honor, tenía que entregarse por entero ante la magna cuestión que planteaba el arrasamiento de las instituciones de las cuales podía considerarse a la vez, a justo título, fruto y co-autor.

Yo no hablaba casi del posible golpe de Estado. No creía en él. No tanto por falta de deseos y de intenciones, sino por falta de fuerzas en los que pudieran intentarlo. Recién tuve la evidencia, cuando le llegaron a la Asamblea palabras tranquilizadoras, desde el campo atrincherado del Cuerpo de Bomberos. Pero una tarde un compañero de Cámara, en plena sesión, me habló de la inminencia del atentado y que había amigos, entre los que se contaba Brum, que se disponían a resistirlo. No necesité más para estar seguro de que si el asalto venía Brum se le iba a enfrentar aunque fuera solo, hasta quemar su último cartucho!

La noche histórica, mientras nuestra agrupación deliberaba al margen de la Asamblea para unificar actitudes, yo había advertido seguramente la trágica resolución de Brum, a no embargarme demasiado los acontecimientos. Estaba sentado frente a mí, más

bien echado negligentemente en el extremo de un sofá, silencioso, malhumorado, cubriéndose a ratos el rostro con las manos. Las pocas palabras que dijo fueron despectivas o cortantes: las primeras cuando se refería a los que nos amenazaban; las segundas cuando expresaba en un laconismo máximo, la imperiosa necesidad de rechazar sobre tablas, lo que era tan abusivo como denigrante. Votado por unanimidad nuestro deber, haciendo humorismo, recordé que nuestra actitud importaba el inmediato desalojo del Palacio, contentándome por mi parte que resultase poco molesto. A lo que me contestó Brum algo alterado: "No olvide, Arena, que las libertades públicas siempre se han asentado sobre sangre de dirigentes!". Un momento después, Brum que ya estaba en el ascensor, volvió para hacerme llamar y decirme empujándome, mientras me daba su último extremoso apretón de manos: "¡No afloje, Arena, por favor!". Se diría, que ya harío y resuelto, tenía que por alguna imprudencia fuese a desahacerle su programa!

Concluída la memorable sesión y sabiendo todos a que atenernos, por el regocijo que reflejaban los rostros adversarios, nos dispersamos con rumbos distintos, algunos con plan preconcebido. Yo no podía tener otro que irme a descansar a la espera de acontecimiento. Pocas horas después, me despertó el teléfono para decirme que ya era un hecho el golpe de estado y que Brum, al irsele a prender en su casa, se había resistido a tiros. Desde ese momento di por muerto a Brum. No sabía cómo ni donde, pero tuve la evidencia de que sería el mártir de la fatídica jornada!

Si optó por el suicidio — estoy seguro — fué por defender las vidas de los dispuestos a sacrificarse a su lado y hasta de los mismos que se le enfrentaban pasivamente y que tenía que mirar como instrumentos irresponsables. Fué sin duda también, porque las macizas fuerzas que lo rodeaban, no lo acicatearon lo suficiente para enardecer su belicosidad irrefrenable. ¡No se hable, pues, ni de deshechos ni de desencantos que no hay que buscar cosas chicas en la obra maestra! Por lo demás, su magnífica exaltación no podía detenerse en formas. Lo que le interesaba, era sublimar la suprema protesta que merecían nuestras grandes instituciones torpemente abatidas y que la dictadura naciera manchada para siempre en sangre, para lo cual se apresuró a derramar generosamente la suya! ¡Quiso, en fin, sintetizar lo que pudo haber hecho una multitud santamente enardecida, labrando una tragedia menos cruenta pero sin duda más intensa e infinitamente más trascendente! Y realizó su propósito con insuperable grandezza! Un admirador que asistió a la inolvidable

SAPELLI SUS VINOS SON EXQUISITOS
PRUEBE EL CHAMPAGNE
Los vinos nacionales nada tienen que envidiar a los extranjeros

EL GENERAL PINTOS, DE ESPALDAS, DIRECTOR DEL LANCE CON VERACIERTO, TESTIGOS, Y EL DOCTOR BRUM.

VIDIO FERNANDEZ RIOS, TESTIGO EN EL DUELO CON RIVEROS, CON OTROS SEÑORES.

DUELO CON EL DOCTOR VERACIERTO. A LA IZQUIERDA DEL GRABADO, EL DOCTOR CASTILLO, PADRINO DEL DOCTOR BRUM, Y A LA DERECHA DEL GRABADO, EL POETA ANGEL FALCO, EL OTRO TESTIGO EN EL DUELO.

escenā, lo presenta avanzando hacia la muerte con una gallardía única y con la serena gracia de un héroe griego! ¡Una caída alada, ascensional, el último fulgor del meteoro que fué su milagrosa trayectoria política!

La Providencia — en la que él no creía — le dió a Brum la muerte que deseaba y que merecía: joven, de pie, en plena salud, lleno de realidades y de esperanzas, llamado por el ideal, alcanzando la inmortalidad de un salto y al lado de Batlle! ¡Una muerte más bella y fecunda que su fecunda y bella vida! ¡Se perdió, sin duda, un gran valor real, pero surgió en el acto otro gran valor espiritual, imponderable pero imperecedero! La sangre de Brum levantó frente a la dictadura, una valla insalvable que ningún corazón bien puesto podrá profanar y proyectó hacia el porvenir, a raudales, haces de inextinguible idealidad que sólo irradian los grandes hechos que participan menos de la realidad que de lo desconocido! ¡Sin duda, el inmenso gesto no ha conmovido cuanto debió conmover, porque se aprecia mal lo que a penas se concibe y nadie realiza, pero es evidente que labrará de una manera profunda las generaciones futuras, contribuyendo a perfeccionar el espíritu de la raza como lo signen haciendo los raros hechos parecidos, ya perdidos algunos en la lejanía de los tiempos!

¡Es que la Humanidad, como la navegación, necesita faros que la orienten en las noches borrascosas de sus trágicas tribulaciones, y el heroico sacrificio de Brum será uno de los más poderosos que se habrá erigido en nuestro continente!

¡Gloria a él y al gran Partido por cuyos principios se inmoló!

DURANTE EL LANCE CON EL CORONEL RIVEROS, CUANDO FUE MINISTRO DE LA GUERRA, LA NOTA CARACTERISTICA DE ESTE DUELO QUE, DADA LA SENAL DE PRACTICA, NINGUNO DE LOS DUELISTAS HIZO FUEGO CON SUS PISTOLAS, NI LEVANTARON EL BRAZO PARA APUNTAR.

Brum, gobernante

A BORDO DEL "MONTEVIDEO", QUE LO LLEVO A NORTE AMERICA, DESPIDIEN-
DOS DEL PUEBLO

Me preocuparé, pues, de man-
tener y estrechar nuestros trata-
mientos con todas las naciones, sea
siempre un entusiasta partidario
del panamericanismo, que no en-
trena, como bien lo sabéis, en
absuelto sentimiento de hostilidad o re-
serva contra los países de otras con-
dientes, sino un anhelo de orga-
nización fraternal entre pueblos pre-
destinados a una vida solidaria por
su situación geográfica, su compo-
sición étnica, su desenvolvimiento histórico
y sus instituciones democráticas; de de-
cultivar, además, en especial cuidado,
nuestro amistad con las naciones veci-
nas, a las que hemos recibido tan
altas pruebas de afecto y de considera-
ción, y trataré de fortalecer los víncu-
los que nos unen a las naciones aborí-
genas, a cuyos destinos nos asociamos
en la gran guerra y entre cuyos re-
sultados nosotros no debemos tener
nada que temer a futuro y a paz.

Marzo 1 de 1919

Dr. Brum

DECLARACION DE PANAMERICANISMO,
EN EL DISCURSO DEL 1.º DE MARZO DE
1919.

EL MONTEVIDEO, LLEVANDO A SU BORDO
AL DOCTOR BRUM, Y COMITIVA, SA-
LIENDO DEL PUERTO.

EN RIO DE JANEIRO, DIRIGIENDOSE A
VISITAR AL PRESIDENTE DE LA REPU-
BLICA DEL BRASIL.



SATISFACCION



ES LO QUE UD. SEN-
TIRÁ AL COMPRO-
BAR DE LA MANERA
INTACHABLE QUE LE
SERVIREMOS

ENVIE SU ROPA A UNA
CASA DE CONFIANZA

TINTORERIA
La Suiza

BUENOS AIRES 579
GRAL. FLORES 2380



0214 4
24050



EN WASHINGTON, INAUGURANDO EL
SERVICIO TELEFONICO CON SAN FRAN-
CISCO. RODEAN AL DOCTOR BRUM PER-
SONALIDADES POLITICAS Y ADMINIS-
TRATIVAS NORTEAMERICANAS Y
URUGUAYAS.

BRUM CON EL RECTOR DE LA UNIVER-
SIDAD DE WASHINGTON, DR. LOWELL



LA CABEZA DE LA COLUMNA EN LA MANI-
FESTACION POPULAR EL DIA DE SU LLE-
GADA DE NORTEAMERICA.

EL PUEBLO DE URUGUAY ESPERO EN EL
PUERTO AL DOCTOR BRUM, DE VUELTA
DE SU VIAJE A NORTEAMERICA.





Entierro
de Brum







Blanca Nieves Frias de Brum

Foto por Frangella Hnos.

EL DIA



Brum, defensor
de los derechos de la mujer.



Baltasar Brum

Los Derechos
de la Mujer

LA CARATULA

Baltasar Brum

1

LOS DERECHOS DE
LA MUJER

Reforma a la 6
y 7 del artículo 1
del Código de
Matrimonio
(Removido de la
Ley de 1923)

Montevideo,
1923

EL LIBRO DE LOS ORIGINALES

El Senado, Cámara de Diputados
reunidos en la Asamblea General
del Uruguay, reunidos
en Asamblea General
Decreto
Artículo 1º - Reconocerse el de
recho de la mujer al voto activo
y pasivo, tanto en materia
civil como criminal.
Artículo 2º - Reconocerse a la mujer
los mismos derechos y obligaciones que
la ley electoral establece para el
hombre.
Artículo 3º - Las mujeres que sigan
siendo menores de edad, no
podrán ejercer el sufragio activo
ni el pasivo, hasta que alcancen la
mayoría de edad.

PROYECTO DEL DECRETO

BRUM

DEFENSOR DE LOS DERECHOS DE
LA MUJER Y EL NIÑO.

Para Blanca Mieres,
mi amor, un año y me
dio después de casados,
que ha confirmado
la alta opinión que en
1923 recibí sobre
la mujer.
Diciembre 16 de 1929
Baltasar Brum

LA DEDICATORIA A SU ESPOSA

Autógrafo de D. José Batlle y Ordóñez, Presidente de la República, de un artículo publicado en el año 1912 en el libro "Defensa de la mujer" de la Universidad de Uruguay.

Año 1912.

Defensa de la mujer.
Cuando se apone a
la mujer se le
aducen un argu-
mento favorito en
disputa de su tesis;
es menos inteligente
que el hombre.
Luego hay que apor-
tarla de los estu-
dios serios.

Doy por sentado que
la mujer es de tipo
intelectualmente superior al
hombre.
Es más inteligente. Es
tamos, aun lejos de
eso se haya probado;
pero no que-
ro discutir ahora
ese punto.
Es inferioridad
de la
intelectual.

AUTOGRAFO DEL SEÑOR BATLLE Y OR-
DOÑEZ, QUE SIRVE DE LEMA AL
PROYECTO.



FELIX GAMBONE

dice: que la casa resulta chica para
atender a todo Montevideo que desfila,
disputándose los modelos
más elegantes!!

Modelos en terciopelo
de finísima seda a. . . \$

1.90

!! Véalos y compárelos!!

EJIDO 1327 casi 18 de JULIO



CARTERAS Y GUANTES a precio de
costo.
Nuestras reformas de SOMBREROS son
famosas.

A empleadas y vendedoras de comercio,
descuento especial.



**EL
DIA**

Ante el esposo inmolado